

TRATADO
DE LA
AFICIÓN Y AMOR
A
JESÚS

por el

V.P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG
de la Compañía de Jesús

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN: 84-7770-581-X

Depósito legal: M. 23.267-2001

Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

PRÓLOGO

Quiérome excusar con las almas esposas de Jesús, que han penetrado algo de su dignidad y hermosura, para que no se injurie su amor y celo por sacar yo este tratado tan breve y desigual a la grandeza de su argumento, hablando tan cortamente donde ellas conciben tanto. No me atreviera a esto si no fuera con la licencia que me dieron los ruego de algunas personas devotas, condescender con ellas me inclinaron dos cosas: la una, la necesidad que siempre ha temido el mundo de conocer y amar a su redentor; porque cuanto mayores son nuestras obligaciones y más los títulos que hay para quererle más que nuestra vida, por estar declarados como su grandeza lo pedía, en largos discursos y consideraciones, se excusan muchos de leerlos; y así quise resumir, si bien no digna cumplidamente, pero lo que bastase para entender las infinitas obligaciones que tenemos a nuestro Salvador Jesús.

La otra es la particular necesidad que he visto han tenido algunos que aspiran a la perfección de conocer a este Señor y el bien que

nuestra alma posee en aquel que es la vida de su espíritu y el camino de perfección y unión con Dios; porque sé que algunos principiantes, no aprovechándose bien ni entiendo como debían algunas cosas, que han leído en materia de oración, en libros de loable celo, se han querido indiscretamente entremeter y elevar luego con la contemplación inmediata Divinidad, desechando de su memoria y consideración la sacratísima humanidad de Jesús, y no habiendo fuerza en su imitación: con lo cual se quedan inmortificados y poco fundados, y aun no satisfechos de sí mismo (que será esto misericordia de Dios), atreviéndose a entrar en el *Sancta Sanctorum* sin ser llevados y con las vestiduras profanas, y no por la puerta y el camino que la Sabiduría Divina dispuso; queriendo transformarse en Dios los que aún no tienen una pequeña conformidad con Cristo Crucificado y su mortificación, de que quiere el Apóstol nos vistamos de pies a cabeza. Pónese un principiante desde luego, sin tener principal cuidado de sus costumbres y de la conformidad con la cruz de Jesús, en este género de oración y por negación propia: no es mucha humildad ni le podrá conseguir con provecho, y aunque le consiga, no será el atajo

que piensa, sino antes rodeo, porque ha de volver al principio; como sucedió a Santa Teresa de Jesús a la cual pasó lo que ahora a algunas almas, hasta que la pusieron en mejor camino los Padres de la Compañía de Jesús. Y yo, aunque soy el más mínimo de ella, quisiera servir algo en este particular a las almas que tuviesen semejante necesidad, y conservar el espíritu de mi religión, que es más conforme a la doctrina de los padres antiguos de la iglesia, y comunicó a aquella insigne Maestra de perfección y espíritu asentando en los corazones la afición de amor de nuestro Capitán Jesús, que no nos puede hacer daño, ni ha de entrar en cuenta su cuerpo soberano con el obispo de Tarazona Fr. Diego de Yepes, y la misma Santa Teresa lo confiesa y se lastima de ello, que engañada de algunos libros espirituales se apartaba de la meditación de Cristo por arrobarse en la Divinidad; mas no quedaba satisfecha de su espíritu y estaba con poca mortificación, hasta que se topó con los Padres de la Compañía de Jesús, que con gran fruto de su alma, como la misma Santa no acaba de agradecer, la mandaron, como confesores suyos, que meditase en la humanidad de Cristo y le cobrase afición y cariño, imponiéndola en mortifica-

ción verdadera y abnegación total, práctica y de obra (no sólo por el rato que uno está en oración, donde le parecerá a uno que está todo abnegado, y en la ocasión descubre pasiones inmortificadísimas), quitándola toda motica de imperfección de su alma. Desde entonces se sosegó la Santa, y fue creciendo a largos pasos en virtudes y altísima contemplación, recibiendo mayores favores de Dios, quedando tan satisfecha de este espíritu, que no acaba de llorar que hubiese estado en la opinión contraria que había aprendido en aquellos libros. En una parte se lamenta así: “¡Oh Señor de mi alma y bien mío, Jesucristo crucificado! No me acuso alguna vez de esta opinión que no me dé pena, y me parece que hice una gran traición”. Luego añade con el mismo sentimiento: ¿Es posible, Señor, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que Vos me habíais de impedir para mayor bien? ¿De dónde me vinieron a mi todos los bienes sino de Vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimó mucho, que cierto era ignorancia, y así quisisteis vos por vuestra bondad remediarlo, con darme quien me sacase de este yerro, y después con que os viese yo tantas veces como adelante diré, para que más claro entendiese

cuán grande era, y que lo dieses a muchas personas que lo he dicho y para que lo pusiese ahora aquí. Tengo para mí que es la causa de no aprovechar más muchas almas y llegar a muy grande libertad de espíritu cuando llegan a tener oración de unión, es por esto., Quien la saco de aquella ignorancia o yerro (como la Santa lo llama) dice que fue un padre de la compañía de Jesús, a quien consultó, y ella halló después por experiencia la verdad y provechó de lo que la dijo aquel Santo padre; y así dice: “Veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grande mercedes, quiere sea por mano de esta humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita; muy muchas veces lo he visto por experiencia; como me lo ha dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos, así vuestra merced, señor mío; no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de la contemplación: por aquí va seguro.”

He querido traer estos testimonios de Santa Teresa y quisiera poner todo el capítulo 22 de su vida por proemio de este tratado, por ser la que experimentó una y otra oración y la

que ilustro tanto Dios y comunicó un magisterio de espíritu milagroso y la que se aventajó tanto en oración de unión y santidad, también por citar en ella el espíritu de algunos varones santos de nuestra compañía, especialmente el bienaventurado Francisco de Borja y el extático y divino varón, el Padre Baltasar Alvarez, que fueron de los más contemplativos de aquellos tiempos, cuyo parecer y consejo siguió la santa Doctora, que defiende esta causa con notable sentimiento y fuerza; por lo cual me excuso yo de más razones. Sólo advierto que no serían para mi fuerza todas las razones contrarias, aunque fueran claras; porque pienso que aunque fuese verdad lo que es falso, que según la naturaleza de las cosas no fuera a propósito para la contemplación y unión detenerse en pensar en Cristo crucificado, con todo eso lo sería con disposición particular de Dios y favor suyo, que haría merced de ella al que con humildad y paciencia se contentase con los misterios de la vida y Pasión de su Hijo querido, haciéndole su Majestad a este tal mayores gracias por reverencia de Jesús, levantándole a sus abrazos más íntimos; que no se qué tiene la vida de Jesús, su nombre, su memoria, que como con una fuer-

za sacramental y como *ex opere operato* (como dicen) mueve el padre Eterno para enriquecer las almas y regalarlas; al modo que el nombre de Jesús por si mismo y por su sonido y naturaleza a solas, no tiene más virtud que el nombre de Dios, pero por privilegio como *ex opere operato*, tiene eficacia mayor para sanar enfermedades, librar de tentaciones, consolar almas y ahuyentar los demonios. Y no menos se moverá Dios para mirar con buenos ojos a quien estima, ama y piensa en Jesús que a quien le nombra; por lo cual más presto llegará a la íntima unión y último grado de contemplación quien mereciere que Dios le levantara a El por respeto de Jesús, que quien por su pie se quisiere introducir y meter donde no le llaman. Es obra toda sobre natural aquella unión que la majestad de Dios obra en el alma; y así más hace para ella la cruz de Jesús, su humildad y su memoria estampadas en el corazón, que otras diligencias.

Quiera la misericordia divina sirva este mi trabajo para engendrar en alguno mayor estima y amor de este Señor, y dar materia de oración a los devotos para abrasarse en su caridad y animarse a su imitación. Lo que suplico a quien se dignare de pasar los ojos por estas

consideraciones, es que las lea despacio y tenga algunos ratos de oración sobre ellas, para que con más fruto se asienten en el alma, y de la mía pecadora se acuerde cuando se vea favorecido de Jesús y la levante a los brazos de su divinidad, la cual siempre ha de reverenciar en Cristo como a hombre, que es Dios.

DE LA AFICIÓN Y AMOR A JESÚS

CAPITULO PRIMERO

Cuanto importa tener amor y afecto a Jesucristo y a su santísima humanidad.

Aquel señor, que es todo para desear, hermoso entre los hijos de los hombres, manso y humilde de corazón, la cabeza y honra de nuestra naturaleza, el que nos es causa de todo bien, el que hace que nos ame Dios y el que nos amó más que a su vida, se queja en su Evangelio de que le aborrece el mundo. ¡Oh Jesús, deseado de las gentes y regocijo de serafines, en quien los más levantados ángeles desean mirar! alumbrad mi entendimiento para que os conozca y ame, ¡Oh espejo de inocencia! ¿Que pecado cometisteis contra nosotros? ¿Que traición nos hicisteis? ¿Que beneficio es aquel por el cual no os quieren bien los hombres? Porque no cabe mal hecho ni agravio en quien murió por dar la vida por sus propios enemigos: no cabe mala voluntad en quien por ha-

cer bien a los desagradecidos, no se hartó de hacer y padecer males. ¡Oh Padre Eterno, que veis a vuestro amado hijo (primogénito y heredero de vuestra gloria) despreciado y olvidado del mundo! ¡Aquel que propusisteis a los ángeles dos veces para que le adorasen; aquel que disteis a los hombres por hermano querido! ayudad mi memoria para que me acuerde de sus beneficios y ame a mi hermano y vuestro obedientísimo Hijo, que murió para que yo os amase. ¡Oh Espíritu y amor divino! abracad y disponed mi corazón para que le ponga en quien depositasteis todos los tesoros de vuestros dones, y en quien moráis con toda la plenitud. ¡Oh María, amadora de Jesús y Madre querida suya ¿Como os sufre el corazón de ver así olvidado al que salió de vuestras entrañas? Alcanzadme gracia y esfuerzo para que se vaya toda mi voluntad, se empleen mis fuerzas, suspire mi alma por el fruto de vuestro vientre, amando tiernamente a quien vos disteis los pechos y sustentasteis con amorosísimos abrazos.

Es la devoción y estima de Jesús, Dios y hombre, el más eficaz medio para encender el alma en llamas de caridad ardentísima y engolfarla en el amor inmediato de la Divini-

dad. Por eso dijo el mismo Señor, que vino a arrojar fuego en el mundo; lo cual se hizo después que se vistió de nuestra carne: porque así como a una estopa no la queman los rayos del sol, si no es que atraviesen por un cristal muy puro, entonces solamente la encienden y abrasan, de la misma manera, después de tantos beneficios divinos, que son unos clarísimos rayos que salen de la bondad infinita y amorosísimo ser de Dios, se quedaba helado y frío el mundo, hasta que se atravesaron y nos vinieron por las manos de Jesús, bañando a su santísima y purísima humanidad toda la luz inaccesible e inmensidad de Dios, que en Cristo se nos descubrió y resplandeció más. Esta fue una muy principal causa de encarnar el Verbo eterno para proponernos un hombre digno de todo amor y reverencia, que amásemos entrañablemente y por medio de él nos inflamásemos en amor de la Divinidad, que en él habita. Es Dios en sí invisible, y nosotros no percibimos bien si no lo que nos entra por la vista y los demás sentidos: así convino proponernos un objeto sensible en quien le amásemos y conociésemos, pintándonos en el hombre las perfecciones divinas, vistiéndose el Hijo de Dios, que es figura de su substancia, de nues-

tra carne propia, con lo cual es más eficaz para atraernos a sí. De la manera que la piedra imán, aunque tiene a solas virtud para atraer el hierro, no tiene que ver como cuando está unida con él y vestida de alguna lámina del propio metal, entonces adquiere mucha más fuerza y es incomparablemente mayor la eficacia con que arrebatada y atrae a sí los demás hierros; de la misma suerte, aunque la Divinidad, por su incomprensible ser y bondad es piedra imán de los corazones para atraerlos a sí, con todo esto, después que Dios se vistió de nuestra humanidad, con mucha más fuerza nos trae y gana nuestras voluntades; sino que llega a tanto nuestra malicia, que aún resistimos a esa fuerza y dulce violencia, apartando tantas veces el pensamiento y el corazón de aquel Señor, que con suma justicia nos lo está demandando, diciéndonos amorosamente tantas veces como beneficios nos ha hecho: «Hijo, dame tu corazón,» ¿Quién, Señor, os podrá negar lo que es vuestro y os debo con tantos títulos? No falte en mí lo que dijisteis, Señor mío, que si fuerais levantado de la tierra, atraeríais a Vos todas las cosas.

¿Qué empleo podemos tener de nuestra vida más honroso y útil, más gustoso y necesario que conocer y amar con todas las poten-

cias y fuerzas de nuestra alma a aquel hombre, en cuya obra y formación se gastó toda la omnipotencia de Dios, toda su sabiduría, toda su bondad y amor, que ni pudo su poder hacer cosa mayor, ni su sabiduría trazarla mejor, ni su amor desearla? ¿En qué se puede emplear más dignamente la criatura que en aquel milagro de gracia y naturaleza en que se empleó el Creador, teniendo nosotros por principio y fin de nuestras obras al que fue principio y fin de las obras de Dios?

De aquí se seguirá el írsenos el corazón y la reverencia del alma adorando y amando sin medio alguno a Dios, por la suma autoridad y señorío para hacer todo lo que quiere, y a la suma benevolencia y bondad del ser divino, que se nos descubre en Cristo con infinito poder y con inmenso amor, viendo que hizo por nosotros todo lo que su amor pudo desear y que deseó su amor todo lo que se pudo hacer; porque llegó a efectuar en Cristo la omnipotencia divina, cosa que su amor no pudo imaginar mayor. Y llegó su amor a querer cosa que su omnipotencia no pudo obrar más: porque como no hay cosa imaginable mayor ni mejor que Dios, así no hay mayor ni mejor obra que hacer al mismo hombre Dios; de

modo que con ser ambas infinitas, su potencia y su caridad se pusieron en término y hallaron fondo, apurando el amor las fuerzas de omnipotencia, y hartando y satisfaciendo la omnipotencia a los deseos y trazas de su amor.

Todo esto ¿cómo puede dejar de cautivar el corazón, viendo este poder y esta bondad con que Dios tan sin cumplimiento nos amó, que se hiciese hombre por nosotros, haciendo de veras lo que antes se dijo por burla: “He aquí, Adán” esto es, el hombre, “como uno de nosotros?” El amor creado sólo llega a unir a los amantes por afecto, no propia ni substancialmente; mas el amor divino no fue de burla, sino tan de veras, que hizo a Dios verdaderamente hombre, uniendo dos cosas tan distintas, de modo que fuesen una misma persona, que es Dios y hombre juntamente, nuestro hermano y nuestro Dios. Vénganos luz del Padre de las lumbres para que conociendo, adorando y amando a nuestro hermano, conozcamos y amemos a nuestro Dios.

CAPÍTULO II

Que debe ser Jesús amado, porque para eso le envió el Padre Eterno al mundo.

Miremos para qué envió el Padre Eterno a su unigénito y querido Hijo al mundo que fue para que le amásemos, hecho hombre por nosotros; y así como antes de la creación del hombre le propuso a los ángeles para que le amasen y adorasen, después le propuso otra vez al mundo en carne humana para que le amase y adorase toda creatura, especialmente los hombres, honrados con tener por pariente y hermano al que es Hijo de Dios, deseo y gozo de los serafines. Cumplieron los Ángeles esta voluntad del Padre Eterno, amando los buenos con excesivo amor y contento a Jesús, sin ser de su naturaleza ni haber derramado por ellos una gota de sangre, no habiendo muerto por su salvación: hasta los malos espíritus, que por su pertinacia, y condenación no podían amarle, le confesaron y adoraron, hincando en los mismos infiernos las rodillas a sólo su nombre. ¿Qué razón hay para que los hombres no amemos entrañablemente y respetemos al Hijo natural de Dios, y no nos re-

gocijemos y preciemos de tenerle por hermano? ¿En qué ley y respeto cabe que al heredero de la gloria de Dios no le reconozcamos mucho más los que somos de su linaje, por cuyo bien nació y murió? Si un rey propusiese a todas sus provincias al príncipe heredero, su hijo y legítimo Señor de todas, por que le jurasen; ¿cómo llevaría que, habiéndole reconocido y jurado los reinos extranjeros, no lo quisiesen hacer los naturales del propio? Este era bastante motivo para amar a Jesús y cumplir para lo que le envió el Padre al mundo; que quiso le amásemos de todo corazón y le cobrásemos afición con verle de nuestra sangre y naturaleza. Mas nosotros somos aquellos villanos, que enviándoles el señor de la viña su hijo heredero y muy querido para que le respetasen, ellos le resistieron y echaron a empellones y puntillazos, hasta que le mataron. No permitáis, Señor, en ningún pecho humano este desconocimiento y desprecio de su sangre, levantada a vuestro trono, ni una tan gran desvergüenza, como es (según dice el Apóstol), hollar y acocear al Hijo de Dios, y desdeñar por cosa vil y sucia la sangre del testamento en que fuimos santificados, y hacer contumelia al espíritu de la gracia.

¿Cómo podremos amar a Dios, si no amamos primero a nuestro hermano y su Hijo, hecho hombre por nosotros? En Cristo se verifica bien lo que dice San Juan: “El que no ama a su hermano, que ve., ¿cómo amará a Dios, que no ve?” No falte en nosotros el consejo divino, con que se nos propuso al Hijo de Dios hecho hombre de nuestra carne y sangre, para hacernos más fácil su amor: porque como naturalmente los parientes se aman, y los animales de un género se tienen cariño, haciéndose Dios de nuestro linaje y sangre, se facilitaba el amor que le habemos de tener.

Corrámonos y traigamos siempre en la memoria cómo los ángeles cumplieron esta voluntad y gusto del Padre, adorando y amando una naturaleza extraña. Reveló Dios a la bienaventurada virgen Richmundis esta acción; y vio a Jesús niño, recién nacido, envuelto en pobres pañales y puesto en el pesebre, adonde resonó la voz amorosa del Padre, que decía: “Este es mi Hijo muy amado, en quien me agrado y regocijo”. Innumerable multitud de ángeles rodeaban el pesebre, que extendidas las manos todos, estaban adorando a un niño que lloraba, no habiendo ninguno que no tuviese fijados los ojos en Jesús, sin pestañear,

ni cesar un punto de su amorosísima vista, no hartándose de verle y humillársele y amarle con suma devoción, reverencia y contento, reconociendo vasallaje a un infante pobre. No sé qué nos puede excusar a nosotros de semejante afecto para estimar y amar nuestra misma naturaleza, levantada al trono divino.

CAPÍTULO III

Cómo el Padre Eterno nos quiso dar ejemplo del modo con que habíamos de amar a Jesús.

Obliguémonos los hijos de Adán siquiera con ver cómo estima Dios a esta sangre nuestra, y honró a su Unigénito por haberse hecho hombre, y el ejemplo que nos da de amor y estima que hemos de tener a Jesús, no sólo por ser su Hijo, sino también nuestro hermano, que nació para morir por nosotros: porque como le envió al mundo para que le amásemos, El nos quiso dar ejemplo y enseñar como le habíamos de tener afición. No se pudo contener la caridad del Padre, sin que dos ve-

ces prorrumpiese a voces con el exceso de su amor llamándole su Hijo querido, en quien se complacía y remiraba. Mandó otras veces a los ángeles que le amasen, adorasen y sirviesen, encomendándosele con las mismas palabras. Dióle todas las cosas, poniendo a sus pies las criaturas del universo; y lo que es más, sujetóle sus atributos divinos, dejándoselos al albedrío de su santísima humanidad: la omnipotencia para hacer milagros cuando quisiese; su bondad y misericordia para perdonar pecados; su sabiduría para juzgar. Bien declaró San Juan esta inestimable caridad del Padre, diciendo: que de tal manera ama al Hijo, que le dio todas las cosas en su mano. ¡Oh miserable corazón del hombre! ¿Qué cosa tan preciosa puedes tener que prefieras y niegues a Jesús? Pues veo que el Padre Eterno no le niega nada, sujetándole todo su reino, hasta los más altos serafines, comunicándolo su gloria, su grandeza, su majestad, su trono, su omnipotencia. No hubo cosa que prefiriese a Jesús, mandando que se adorase en El nuestra naturaleza; a Jesús escogió el primero de los predestinados; por su amor y reverencia perdonó al mundo; El es el primogénito de toda criatura, por cuyo fin y gloria hace el

Padre todas las cosas y nada niega que se pidiere en su nombre: ¿cómo podrá el hombre negarle su corazón? ¿Cómo podrá hacer cosa que no sea de su servicio y gloria? ¿Cómo no me desnudo a mi por darme todo a Jesús, pues el Padre Eterno, por el amor que le tuvo, se despojó, por honrarle, de su autoridad de juzgar y del tribunal de su potencia para que no tenga menos honra Jesús, que la que El tiene?

El mismo Señor por su boca reconoció esta gracia, diciendo: “El Padre no juzga a ninguno, sino todo su juicio y tribunal dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre”. También por el amor que tiene a Jesús no le puede agradar otra cosa que no es en El y por El; no ama cosa si no halla en ella prenda o señal de Jesús, y desea para amarnos que todos nos conformemos con su imagen.

Considera, ¡oh alma!, que es lo que con nuevo título provoca al Padre Eterno a tanto amor de Jesucristo, nuestro Redentor, que es la suma bondad con que se empleó en nuestro bien, como el mismo Jesucristo confiesa, cuando dijo: “Por eso me ama mi Eterno Padre, porque yo pongo y ofrezco mi vida”; esto es, porque por la salvación de todos los hombres

quiso con grande voluntad morir en una cruz. Pues si el Padre Eterno por el beneficio que se me hizo a mi ama a Jesús; yo, a quien se hizo el mismo beneficio, ¿por qué no le tengo que pagar con amor? Si la suma bondad de Jesús, con que nos hizo tanto bien, provocó al Padre Eterno para amarle con nuevo modo y singulares prerrogativas, ¿por qué no herirá mi corazón la misma bondad, ocupada en mi bien, por lo cual es mi Salvador y Redentor?

CAPÍTULO IV

Del amor que la Santísima Virgen tuvo a Jesús

Representó perfectísimamente la Reina de los Angeles y Madre de Jesús la caridad que el Padre tuvo a su Hijo, tomando mejor su ejemplo que ninguna otra criatura, amando cordialísimamente a Cristo; porque fuera de la afición que le tenía como a Hijo, ardía con increíble amor suyo, considerando sólo su bondad y dignidad, que conocía mejor que nadie. ¿Quién no ha experimentado las misericordias

que consigo ha obrado esta Señora? ¿Quién no espera siempre de su favor más? Pues todo lo que ha recibido de ella y confía recibir, lo debe a Jesús, por cuyo amor hace la Virgen todo lo que hace por nosotros, y nos favorece; y por él nos mira con entrañas de piedad. Por amor de Jesús nos ha prohiado y nos trata como hijos queridos, cuidando de nuestro bien. Por amor de Jesús no quiere nombre de grandeza y majestad sobre los hombres, sino dulzura y misericordia. Reina de los Angeles se dice, pero Madre nuestra: no quiso llamarse Reina de los hombres la que es Emperatriz de todas las criaturas, todo por amor y reverencia de su Hijo, rehusando llamarse Reina de aquellos a quienes Jesús llama hermanos, por lo cual ella nos quiso tener también por hijos.

El amor de Jesús la hizo salir de su tierra y peregrinar a Egipto, pasando mil necesidades entre gentes extrañas, llevando aquellos trabajos con gozo, por ser por Cristo. Considérese aquel Corazón de María; qué actos tan heroicos, qué virtudes tan levantadas ejercitaría cuando padecía por su Hijo. Porque si los Apóstoles se regocijaban de padecer por él, ¿qué es lo que pasaría en aquel sacratísimo pecho, que era templo del Espí-

ritu Santo y el altar del amor divino? El amor de Jesús la afligió también cuando se le desapareció en el templo y con vivas lágrimas le buscaba. El amor de Jesús la hizo seguirle en su predicación hasta la muerte. Mírese con qué afecto y ansias de madre seguía Santa Mónica a su hijo Agustino, con haberla dado tantos disgustos y merecer ser aborrecido por sus liviandades y desobediencias, y cotéjese con cuánta más afición y caridad se iría María tras Jesús, su Hijo, de quién jamás recibió disgusto, sino que siempre le fue obedientísimo y a quien conocía ella que era su Dios. El amor de Jesús la hizo que, estando desamparado de todo favor de la tierra y consuelo del cielo, cuando el Padre Eterno le dejó, ella le asistiese con grande constancia, con deseo de ser crucificada mil veces en su lugar, olvidada de su fama, honra y vida entre aquellos ministros del infierno; en fin, lo mucho que amó a Jesús la acabó, muriendo de puro amor suyo. Grande amor tuvo aquella mujer romana a su hijo, cuando viéndole vivo, a quien creía estar muerto, de puro contento expiró. ¿Qué tiene que ver esto con fallecer la Virgen de puro amor, sin aquella circunstancia y susto, sino sólo por pensar en

su Unigénito, expirando por el grande afecto con que le amaba?

¿Quién se precia de devoto de la Virgen que no la procure dar gusto en la cosa que más deseó? No hay cosa más agradable para ella como que amemos a Cristo de la manera que ella le amó. Solicitó con muchos santos el amor de Jesús, trayéndoles a su Hijo para que se le aficionasen. El bienaventurado Estanislao, de nuestra Compañía se le fió, dejándoselo sobre la cama para que le cobrase mayor amor. A Santa Catalina se lo trajo para que se desposase con él. A Santa Clara de Montefalco, no sólo se lo trajo, pero le pidió que lo abrazase amorosamente para obligarla más a su amor. Enciéndanos la memoria del amor de nuestra Madre para amar a nuestro hermano y su Hijo como inflamó el corazón de San José, devotísimo amador de Jesús, siendo testigo de vista de la caridad de su esposa, y como ahora inflama y da también ejemplo a los serafines y bienaventurados de amar a Cristo.

Consideramos que más obligación tienen nuestras almas de amar a Jesús a título de ser su esposo, que no la Virgen por el título de hijo. No es modo de hablar decir que Jesús es

esposo de un alma justa, sino tanta verdad, que cualquier otro matrimonio es sombra y figura respecto del vínculo que hay entre un alma santa y Jesús, y de la palabra que nos ha dado este Señor de amor y fe. El oficio y nombre de esposo es de más amor que de padre y madre, pues padre y madre se dejan por cumplirle.

CAPÍTULO V

Del amor que tuvieron los ángeles a Jesús.

Tengamos a los espíritus soberanos, que sin tener los títulos que nosotros para querer a Jesús, están abrasados en su amor sin ser de su naturaleza, sin haber nacido por redimirlos, sin deberle por su salvación una gota de sudor. Adorándote con suma reverencia, contento y amor, cuando les propuso el Padre Eterno para que conociese por rey y señor a un hombre, que era de inferior naturaleza. Cuando Jesús nació en nuestra carne, sin tener envidia alguna a la honra que recibió el linaje humano, se regocijaron con su Prínci-

pe, llenos todos de júbilo, de gozo y de caridad.

Cuando estaba con hambre le sirvieron de rodillas: cuando estuvo en la agonía del Huerto, enternecidos de su aflicción, le vinieron a consolar; cuando murió, hicieron sentimiento los Ángeles de paz; cuando resucitó se vistieron de alegría y contento; cuando subió a los cielos, se tenían por dichosísimos los querubines de sujetarse a sus plantas, para que subiese sobre ellos y los pisase; cuando entró en el cielo, se alegraron las jerarquías cantándole alabanzas.

San Juan les oyó después decir con grandes voces y contento: “Digno es el Cordero que fue muerto de recibir la virtud, divinidad, sabiduría, fortaleza, honra, gloria y bendición”. El amor entrañable que tienen a Jesús les hace asistirnos y guardarnos, no desdeñándose aquellas naturalezas levantadas de ocuparse en servicio y guarda nuestra: el mismo amor les hace regocijarse con la conversión de un pecador, ayudándole ellos con sus inspiraciones, esperando con gran deseo nuestras oraciones para llevarlas al cielo. El amor de Jesús les hace tener por suma honra ser compañeros y consiervos de aquellos que Jesús tiene

por hermanos; los que antes se nos mostraban muy superiores, después que nos ven honrados con haber tomado el Verbo nuestra carne, tienen por grande honra sernos iguales y aun se precian de ser nuestros siervos, amando en nosotros a Jesús. A los enfermos del santo Juan de Dios, servían en el hospital y barrían las salas. Con San Isidro Labrador, araban el campo. Al santo padre Juan Fernández y al devoto hermano Juan Carrera, de nuestra Compañía, asistían y trataban como si fueran sus criados. A Santa Coleta, reverenciándola como esposa de su Rey, la servían. Por el amor que tienen a Jesús estiman por mucha honra servir en nosotros a aquella naturaleza que en Cristo adoran y aman; no se hartan ahora de remirarse en El; y cuando andaba en el mundo, se tenían por dichosos los que les cabía andar a vista suya: ahora donde está su cuerpo sacramentado vienen ejércitos de ellos a adorarle y asistirle como esclavos.

Miremos qué deben los ángeles a Cristo, y qué debemos los hombres. ¿Qué razón hay para que ame y haga menos quien debe más?

Porque (según sentimiento de gravísimos doctores) más viene a deber un hombre solo por la más mínima inspiración con que obra bien,

que todas las jerarquías del Cielo por toda la gracia y gloria que todas juntas recibieron; por que debemos a Jesús su sangre, su vida, su honra y al Padre Eterno la muerte de su unigénito Hijo, que no fue menester que muriese para llenar de gracias a los ángeles; pero para darnos a nosotros un pensamiento santo se hizo tan gran costa, como hacerse Dios hombre y ser crucificado por él: no murió Jesús por pecado de los ángeles, sino por los nuestros; y prefirió nuestra naturaleza a la suya, queriendo el Hijo de Dios ser antes hombre que serafín, humillarse más por hacernos mas favor.

CAPÍTULO VI

Del amor de Jesús, y ansias que de él tuvieron los patriarcas y profetas.

No habían experimentado los patriarcas y profetas antiguos, ni visto la humanidad y benignidad del Salvador, que después de tantos siglos apareció en el mundo; con todo esto, con sólo una noticia que tan de lejos tuvieron,

se encendieron en amor suyo. Bañáronse de gozo con las nuevas de su Encarnación, y resolvíanse en ansias y deseos de verle, levantando las voces y gritos al cielo, con gemidos y clamores amorosos, para que acabase de venir. El profeta Isaías, con suspiros del corazón, decía: “Rociad, cielos, desde lo alto, y lluevan las nubes al Justo”. El profeta Ageo le llama el deseado de las gentes. El patriarca Jacob le nombra el deseado de los collados eternos. David no se hartaba de pensar en El: decíale, cuando lo consideraba, tiernos y amorosos requiebros; llámale el hermoso entre los hijos de los hombres, el que tiene la gracia derramada en sus labios. Salomón le dice blanco y colorado, escogido entre millares, todo para desear. Al santo Job, en medio de sus trabajos, le fue de consuelo la memoria de su Salvador, alegrándose con acordarse de su vista, regocijándose con que había de ver a Jesús después de tantos siglos. Abraham tuvo increíble deseo de verle siquiera un día.

¡Oh alma desagradecida, que gozas lo que aquellos santos desearon! ¿cómo no te deshaces de contento y de amor? Ya por ti nació Jesucristo; por ti padeció; por ti lloró en el pesebre; y en la cruz por ti murió. Ya has visto las

finezas de su caridad y experimentádola dentro de tu mismo pecho, entrando en él, a solicitar tu corazón, la hermosura del mundo, la imagen perfectísima del Padre, el gozo de los serafines y el regocijo de los ángeles. ¡Oh santos Patriarcas! ¿A quién (pregunto) deseasteis ver? ¿Al Justo de los justos? Yo el primero de los pecadores le he tocado con mis labios y dado ósculo de paz. ¿A quién deseasteis ver? ¿al Deseado de las gentes? Ya yo le he poseído; ya me ha dado amorosos abrazos. ¿A quién deseasteis ver? ¿al deseado de los collados eternos, de los más altos serafines? Ya yo le he visto, abatido por mi a la humillación de la cruz, arrodillado a los pies de los hombres y del traidor que vendió al Señor del mundo. ¿A quién deseasteis ver? ¿al hermoso entre los hijos de los hombres? ¿al blanco y colorado? ¿al escogido entre millares? Yo le he tenido conmigo; yo no sólo he comido con el, pero le he comido y gustado de su suavidad, y el panal de los ángeles. ¿Cómo no me regocijo más? ¿cómo no se parte mi corazón de gozo, viendo que poseo y abrazo lo que tantos santos desearon sólo mirar?

El primer hombre que reconoció a Jesús, San Juan Bautista, dio saltos de placer en el vientre de su madre, luego que le conoció; y

toda la vida le amó ternísimamente, llamándose amigo del Esposo; dijo que se regocijaba con gozo de sólo oír su voz; envióle sus discípulos, cumpliendo con grande amor y fidelidad el oficio de precursor, procurando siempre la honra de Jesús; y deshaciéndose a sí, decía, todo abrasado en caridad de Jesús, que se había cumplido su gozo, que convenía que Jesús creciese y él se disminuyese. Tan de veras amaba a Jesús, que se holgaba con su desprecio, porque Jesús fuese honrado. Y yo miro por gusto y honra, habiendo tenido tantas veces, habiendo tocado tantas veces mis labios y dado ósculo de paz, a quien San Juan se reconoció indigno de desatar la correa de su zapato.

CAPÍTULO VII

Del amor que tuvieron los Apóstoles a Jesús

Ya los Apóstoles experimentaron la mansedumbre y humildad de Jesús, y fueron testigos de sus costumbres y condición amabilísima y de los excesos de amor que hizo por noso-

tros: y así confiesa el mismo Señor que le amaron, cuando les dijo: “El Padre os ama, porque vosotros me amáis”, La primera vez que les robó el corazón con su presencia y semblante amable, y sus dulces palabras, pudo tanto la aficción que le cobraron, que dejaron por él cuanto tenían. Después de muerto, no sólo gozaban con su memoria, pero con las afrentas que padecían por él, teniendo por suma gloria ser escarnecidos por amor suyo. San Pedro, con gran sinceridad, puso al mismo Jesús por testigo de lo que le amaba. San Pablo, con no haberle tratado familiarmente, todo absorto en amor de Jesús, a cada palabra regalaba sus labios y santificaba sus cartas con su nombre, en las cuales repite el dulce nombre de Jesús más de doscientas veinte veces; aún después de cortada la cabeza, le pronunció tres veces. Estaba con el exceso de su caridad como fuera de su cuerpo, sin vivir en sí, sino en Jesús que vivía en él. Decía que no tenía otra cosa en que gloriarse, sino en la cruz de su Señor Jesucristo, que no sabía otra cosa sino a Jesús respecto del amor de Jesús: todo lo demás estimaba por horrura y estiércol, aparejado siempre a morir por El. Afirmó que no había cosa en el mundo que le pudiera apartar de Cristo, ni tribulación, ni

hambre, ni pobreza, ni peligro, ni persecución, ni la muerte. El amor de Jesús le hizo rodear el mundo tantas veces, padecer innumerables trabajos, muchísimas cárceles, azotado por los judíos: otras veces fue azotado con varas crueles: fue apedreado: padeció tres veces naufragios, estando un día y una noche en lo profundo del mar, con otros trabajos de hambre, sed pobreza, desnudez, fríos.

Señor, ¿qué hicisteis menos por mí? ¿por qué no os amé yo más? ¿qué gotas de sangre exceptuasteis? ¿qué azotes sufristeis que dijeseis que no era por mí? ¿qué azotes sufristeis que dijeseis que no era por mí? ¿qué afrenta padecisteis por otro fin, que la padecierais por mi bien? Pues ¿por qué os tengo yo de amar menos, pues no hicisteis por mi menores extremos?

Ni es de poca ternura y ejemplo considerar el amor cordial que la Magdalena y María tuvieron a Jesús: no se apartaba de sus pies la Magdalena; seguíale donde fuese, acompañándole en su muerte y sepultura; cuando buscaba su cuerpo muerto, toda enajenada del amor que tenía a su Maestro, hablaba palabras de persona que no estaba en sí; y era porque estaba toda en Jesús.

CAPÍTULO VIII

Del amor que tuvieron otros santos a Jesús.

Consideremos los demás santos, y hallaremos que se les salía el corazón e iba el alma en oyendo nombrar a Jesús llevados del amor que le tenían. San Ignacio, mártir, le tuvo tan de su pecho y boca, que después de muerto hallaron en su corazón esculpido su nombre. En la carta que escribió a los cristianos en Roma dice: “Los fuegos, la cruz, los acometimientos de las fieras, las heridas, el descoyuntamiento de huesos, el cortarme los miembros, la disolución de todo mi cuerpo, todos los tormentos de los demonios, vengan sobre mí, y se embravezcan, con sólo que alcance a Jesús. Más vale morir por Jesús, que imperar hasta los fines de la tierra”. El mismo santo aconsejó a los vecinos de Efeso: “Sin Jesús no queráis ni respirar. Esta es mi esperanza, mi gloria, mis riquezas, que no se pueden acabar, ¡Oh rey de gloria! sin ti vivir no quisiera”. Imitó a San Ignacio mártir San Ignacio confesor, en la afición a Jesús, celando siempre su gloria, haciendo una larga peregrinación con increíbles trabajos, a pie y con

suma pobreza, hasta Jerusalén, para regalar-se con la memoria de los pasos que dio Jesús. No contento una vez con esto, quiso volver otra, si no se lo estorbara el mismo Señor, para que instruyera la religión que dedicó a su nombre, no queriendo para sí la gloria, porque la tuviese su amado Jesús, que le visitó camino de Roma cargado con su cruz, como hizo con San Pedro, prometiéndole el favor que había de hacer a su Compañía, que ya aceptó por suya. Después de muerto el mismo Santo se ha manifestado a algunas almas santas, trayendo el corazón descubierto, y en él escrito con letras de oro el nombre de Jesús que tanto amó, conformándose los dos santos Ignacios en este testimonio de su caridad, como se conformaron en el fervor de su afecto. El bienaventurado Enrique Suson, abrasado del amor de Jesús, y deseoso de entrañarle mil veces en el centro de su corazón, sin reparar una vez en el dolor que le había de costar, tomando un punzón en la mano, dijo a su amado: “Dame fuerzas y lindeza para cumplir mi deseo, porque dentro de mi corazón te tengo de imprimir”. Diciendo esto, comenzó a romper la carne que cubre el corazón por un lado y otro, hasta dejar en ella escrito el santo nombre de

Jesús. Corría la sangre con abundancia, bañando todo el pecho, y era para él un grande regalo verla salir, por lo mucho que amaba. Y así lleno de sangre como estaba, se entró en la iglesia y puesto de rodillas delante de Jesús crucificado, le dijo: “Ea, Señor, único amor de mi corazón, mirad el deseo de mi espíritu; no puedo escribiros más adentro; Vos, que lo podéis todo, suplid lo que falta; y en lo más profundo de mi corazón estampad vuestro nombre de manera que nunca se pueda borrar y quitar de allí”.

También el fervoroso siervo del Señor, Padre Agustín de Espinosa, de la Compañía de Jesús, quiso mostrar ser su fiel soldado y fino amante, con gran demostración; porque con hierros ardiendo y cardenillo se herró los brazos con la S y clavo, y los pechos con varias formas y caracteres de nombre de Jesús; y de las rodillas abajo tenía también, con hierros ardiendo, la S y clavo, para mostrarse de pies a cabeza esclavo de Jesús.

¿Cuántas vírgenes ha habido que, enamoradas de Jesús, se desposaron con El, guardándole con amor ardentísimo lealtad y fe? Santa Inés, fina amante de Jesús, decía: “Estoy desposada con Aquel a quien sirven los

ángeles, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan; a El me he entregado con toda la afición de mi corazón”. El mismo Jesús enamoró a otra, cuando convidándola con su amor, la dijo: “Amame a mí, que soy hermoso, bueno, dulce y de generoso pecho”. La bienaventurada Margarita de Cortona tuvo tanto amor a Jesús, que por representársele en los pobres la imagen de su Amado, echó a su hijo de su casa, por dar en ella lugar a los pobres. La santa Miquelina, por amar más a Cristo, le pidió la muerte de su hijo, por no tener amor a criatura. En algunos aficionados a Jesús ha prevalecido su amor, contra la naturaleza y vida. Uno que adoraba el lugar donde el Señor de la majestad padeció la humillación de la cruz, abrasado en su caridad con la memoria de tal beneficio, se le partió allí su corazón; y oprimido con suspiros de amor, despidió su alma adonde gozase más libremente de su Amado, porque no le cupo en el pecho.

A otra virgen, esposa de Jesús, la trajo la Virgen de las vírgenes su amado Hijo, y fió de sus brazos. Púsose el niño Jesús a razones con ella, preguntándola si le amaba. Respondió que sí la doncella. Tornó Jesús a preguntar que cuánto. Ella dijo, como a su mismo cuer-

po. Replicó el Señor, preguntándola si le amaba más. La santa doncella, bañada en lágrimas, respondió que le amaba como a su corazón”. “Eso, Señor (respondió la dichosa virgen), dígalo el mismo corazón”. Apenas dijo estas palabras, cuando el pecho y el corazón se le abrió, dando su espíritu encendido en amor a Jesús, su Esposo, llevándole el mismo Señor y su Madre al cielo, cantando los ángeles suavísimamente. Al ruido de la música acudió la gente de su casa, y hallaron el corazón de la bienaventurada doncella que estaba abierto y alrededor escrito con letras de oro: “Amote, Señor, más que a mí, porque me criaste y me redimiste, y en dote y arras me has dado tus soberanos dones”. Yo me confieso, buen Jesús, por más deudor de vuestro amor: ¿cómo se me sufre el corazón en el pecho? Y ¿cómo sufro en el corazón afición que no sea de Vos, de vuestra bondad, beneficiencia, liberalidad, paciencia, afabilidad, hermosura y grandeza?

CAPÍTULO IX

De los títulos que hay para amar a Jesús.

Obren en nosotros algún cariño y afecto amoroso a Jesús la autoridad y ejemplo del Padre de las lumbres, la ternura de la Madre de misericordias, María, la devoción y ley de los ángeles, la afición de los Apóstoles y demás santos, que con todas las ansias de su corazón suspiraban por Jesús, llenos todos de su amor y devoción; y si no nos mueve todo esto, fuercenos la razón, sus beneficios, su amor y su hermosura. Consideremos los títulos por los cuales debemos a Cristo todo el amor de nuestra alma. Uno, es el menor, el bien que nos ha hecho; otro es lo mucho que nos ama; el tercero es fertilísimo, que es su bondad y excelencia, por ser El tal, que merece ser amado sin otro respeto, por su perfección y hermosura interior y exterior. Sobran títulos y sobran deudas de amor donde a una sola no podemos satisfacer. Tal sois, Señor de la gloria y hermosura de los ángeles, que aunque ni nos amarais ni hubiéramos recibido de vuestra mano beneficio alguno, os deberíamos amar más que nuestra vida; y tanto nos amáis,

y tanto bien nos habéis hecho, que aunque no fuerais tal, sino la vileza y oprobio de las criaturas, os deberíamos amar más que lo precioso del mundo; pues, ¿cómo os podemos amar bastantemente, siendo tan digno de amor, y el hermoso entre los hijos de los hombres, y amándonos tanto y haciéndonos tanto bien?

Dejando también aparte la persona de Jesús, su bondad y piedad, su afabilidad, su mansedumbre, su humildad y todo lo que por sí merece ser amado de mil mundos, aunque estuviesen llenos de tantas jerarquías de serafines como arenas hay en el mar y átomos en el aire, por sólo el bien que nos ha hecho, aunque no nos tuviera afición alguna, debiéramos morirnos de amor agradeciéndole sus misericordias. Por otra parte, tanta es su misericordia, que aunque no nos hubiera redimido, ni hecho beneficio alguno (si se puede compadecer amar sin hacer bien), por sólo lo que nos ama debía ser amado. ¡Oh, Señor, y de cuántas maneras sois amable y todo para desear! Al menor beneficio vuestro no puedo igualar con el mayor amor de los espíritus soberanos: ¿cómo satisfaré a vuestro amor, y luego a vuestro ser y grandeza? ¿Cuándo fui digno de que me miraseis la cara, ni que os acordarais de mí? Pues ¿qué

quiere decir que así me améis y así me hayáis obligado con vuestros favores?

Por ser Hijo de Dios se debía sufrir alguna cosa a Jesús, y llevar de El toda injuria callando, y en paciencia disimular cualquier desvío o agravio, si le pudiera hacer. Por otra parte, por haber puesto la vida por nosotros le debíamos entrañable amor, aunque fuera nuestro interior y un esclavo nuestro; ¿qué le deberemos siendo Hijo de Dios, nuestro legítimo Señor y dulzura y apacibilidad del mundo, y habiendo dado su vida por nuestro amor y obligado con tan no esperados beneficios? Tras todo esto le tratamos los hombres como si no nos hubiera hecho bien, y, lo que es más ingratitud, como si nos hubiera hecho los mayores males del mundo y sido nuestro capital enemigo, despreciándole como si fuera la vileza y afrenta de nuestra naturaleza. ¿Qué más se pudiera uno vengar de su mayor enemigo que hacer lo que más le disgusta? ¿Qué más se pudiera despreciar un hombre que estuviera atado por loco, que no hacer caso de sus dichos y promesas, antes hacer todo lo contrario, y reirse de los que hiciesen peso de sus palabras? Verdaderamente no trata mejor el mundo al Hijo de Dios, sabiduría eterna, que le trató Herodes, teniéndole por

loco y necio. No hacemos caso de la doctrina y vida de Jesús, que es toda para nuestra enseñanza, estimando tan poco sus consejos, que hacemos lo contrario, como si nos los hubiese dado un enemigo o un hombre sin juicio. Volvamos, pues, en nosotros, y miremos a Jesús a la cara, y conozcamos quién es. Mirémosle a su Corazón, y creamos su amor, y que es nuestro verdadero y leal amigo. Mirémosle a las manos, y agradezcamos lo que hizo por nosotros, y sus beneficios infinitos. Abramos los ojos, y hagamos concepto y justo aprecio de quién es Jesucristo y de su amor y merecimientos. No hay cosa más eficaz para quitar pecados y asentar virtudes, ni de más consuelo para un alma; y es lo que está tan olvidado o poco entendido entre sus redimidos. Al santo Fray Juan de Albornoz se le apareció Cristo en forma tan vil, y despreciada, y sin honra que no podía imaginar el entendimiento humano cosa más abatida. Viéndole así el siervo de Dios, le dijo: “¡Oh Señor, Dios mío! ¿Por qué estás tan menospreciado y abatido”? Respondió el Señor: “Porque veas en el concepto y bajeza en que soy tenido de los hombres”. A la milagrosa virgen Catalina de Raconisio se le mostró la iglesia toda enlutada, y le reveló la Virgen que era por

la poca estima que se hacía de la sangre de Jesucristo. ¿Dónde está nuestro agradecimiento? ¿Dónde está nuestra ley y respeto? ¿Dónde está nuestro seso, que no queremos estimar y entender esto? ¿Dónde está nuestra curiosidad? Queremos saber las fábulas y desvaneos de ociosos, y no queremos penetrar esta verdad, que es la sabiduría de Dios. Queremos saber quiénes fueron los capitanes antiguos más señalados, los escritores más famosos, y no queremos gastar un rato en entender quién es nuestro Redentor y sus obras y sus dichos. El oficio de cristiano ha de ser entender en esto, y formar estima de su Salvador, preciándose de apreciar a Jesús sobre los haberes del mundo.

CAPÍTULO X

Que debe ser amado Jesús por los males de que nos sacó.

Debe ser querido y amado entrañablemente Jesús por sus beneficios; más no podemos conocer los bienes que hemos recibido de El si

no sabemos los males en que habíamos caído. Despeñados estábamos en el infierno, compañeros de Lucifer, comprendidos en la misma sentencia de perdición. Y no era este el mayor mal; mucho más era, y más grande miseria, la culpa perpetua a que estábamos condenados; aquella afrenta de toda nuestra naturaleza; aquel sambenito y oprobio de nuestro linaje; aquella horribilidad y asco de nuestro pecado, porque más tremenda y horrible es en sí la más pequeña culpa de esta vida, que la más inmensa pena de la otra. Estábamos aborrecidos del cielo; enemigos capitales del Dios de la paz, que ni mirarnos a la cara podía; despreciados de los ángeles; sujetos a un vil cautiverio del demonio, que con cruelísima tiranía nos tenía oprimidos; tras todo esto sin esperanza de remedio, el negocio totalmente desesperado: porque, aunque se juntasen todas las fuerzas del mundo, y se consumiesen en holocaustos todos los animales, y se desangrasen en penitencias todos los hombres, y los espíritus del cielo tomasen carne humana, para morir mil veces en satisfacción de un pecado venial; aunque fuera cada uno más santo y de más gracia que ahora tienen todos juntos, no hicieran satisfacción condigna; ni

nos podían favorecer ni librar del más pequeño mal, ni dar la gota de agua que pidió a Abraham aquel rico miserable. Sólo la poderosa e inexplicable caridad y suma santidad de Jesús, por la reverencia que le tuvo la justicia divina, fue la que nos pudo dar la mano, y nos dio la limosna, libertad, vida, honra y todo bien: no hubo otra puerta abierta para nuestro remedio sino Jesús, cuyas piadosas entrañas se enternecieron con infinita compasión de nuestros males. El solo levantó nuestra naturaleza del más abatido ser de miserias y afrentas; El nos sacó del infierno; El borró la afrenta de nuestro linaje; El hizo pedazos nuestro sambenito; El rompió las cadenas de nuestra cautividad; El sujetó a nuestros pies nuestro tirano Lucifer; El nos reconcilió e hizo amigos de los ángeles; El nos hizo queridos de Dios e hijos suyos: ¿dónde estábamos sin Cristo Jesús? En tinieblas y calabozos: El nos sacó a la luz y levantó sobre las estrellas. ¿Qué honra teníamos sin Cristo Jesús? Todo éramos ignorancia e infamia. El nos levantó a su gloria e hizo preciosos y estimados del Padre; El nos libró de todos los males; El nos hizo todos los bienes. Todo lo debemos a Cristo Jesús; toda nuestra dicha, nuestra libertad, nuestra

vida. ¿Acaso es tan poco esto que no merezca agradecimiento y todo nuestro amor? Miremos, pues, a Cristo Jesús como libertador y bienhechor nuestro. A un esclavo y a un moro que nos hubiera librado de un peligro grande, aun sin querer y sin trabajo suyo, le quedaríamos agradecidos; pues ¿por qué por habernos librado el Rey de la gloria de todos los males no le hemos de agradecer nada, habiéndolo hecho con tanta voluntad y tan a costa suya? A los brutos y fieras han sido tan agradecidos los hombres por algunos males, de los cuales por su ocasión salieron, que no sabiendo que hacerse, los adoraron por dioses. Los romanos adoraron con culto divino a aquellas aves por cuyo grito no fue entrada su ciudad de los enemigos. Otros adoraron una leona, porque acaso mató al tirano que los afligía. ¡Oh Salvador y Dios mío! ¿Qué reconocimiento os deberemos, pues nos librasteis de la tiranía del demonio, de la muerte, del infierno y de la culpa? Reconoceros por Dios y amaros con toda mi alma no es paga, porque eso se debe a vuestro ser, sin más obras ni beneficios; pues ¿cómo en agradecimiento de lo que por mí habéis hecho, aún no hago lo que sin nada de eso os debo?

Si estando un hombre con la soga en la garganta para ser ajusticiado afrentosamente, llegase la parte por cuyo agravio le condenaron justísimamente, y no sólo le perdonase, sino que, a peso de oro y costa de su sangre, ofreciendo su vida por la del malhechor, le rescatase y después le diese toda su hacienda, ¿qué género de deuda sería esta? ¡Qué agradecimiento tendría aquel hombre viéndose libre de aquel trance, y una mudanza de una fortuna tan nunca vista! ¡Oh estupenda misericordia e inopinable caridad de Jesús! ¿Qué tiene que ver esto con lo que el Hijo del Altísimo hizo por nosotros, librándonos de la muerte eterna, muriendo Dios porque no muriera el traidor y fementido que le ofendió?

Advirtamos de lo que nos hemos librado por Jesús, y ya vueltos en nosotros mismos, nos pasmaremos para que nos deshagamos en agradecimiento y amor suyo. Uno que de noche pasó por un paso peligroso sin conocerle, después que le ve de día queda espantado. Abramos los ojos, y con luz de fe miremos de dónde salimos, de dónde fuimos levantados por Cristo. Miremos aquella hondura y despeñadero, y nos estremeceremos. Algunos que de una alta torre ponen los ojos en lo bajo, se

estremecen. Consideremos vivamente desde el cielo, a donde nos levantó Jesús, la profundidad del infierno donde nos despenó Adán, y se estremecerán nuestras carnes y todas las potencias de nuestra alma, para que así conozcamos el abatimiento de donde nos sacó nuestro Salvador, que es mucho más de lo que hay desde el último cielo hasta el corazón del infierno. Los elefantes, cuando caen en alguna hoya, y un hombre los saca de allí, le quedan tan reconocidos que le sirven por toda la vida fidelísimamente sin perdonar trabajo. ¿En qué ley cabe que no hagamos nosotros con Dios, lo que una fiera hace con nosotros?

CAPÍTULO XI

Cuánto debe ser amado Jesús por los bienes que nos hizo.

El estado a que nos levantó Cristo no fue menor que la profundidad de miserias de donde nos sacó. Consideremos, no sólo nuestros males y miserable condición, de que nos liber-